



La aguóloga
Alicia Álvarez
Ed. Huerga y Fierro, 2012
79 págs.

te realistas o, al menos, realistas en cuanto a que manifiestan mediante deseos convertidos en realidad verbal lo que tantas veces nos gustaría ser, pensar, consumir o parecer. «La aguóloga», «licenciada por la universidad de teléfonos silenciosos», se sienta encima de una oliva y cruza las dos piernas, porque las otras se le habían olvidado en casa; la aguóloga descubre que hay ballenas que habitan los ojos de los dormidos y nadan haciendo círculos en torno a las puertas negras; la aguóloga hace juegos de palabras (infinitos); medio greguerías («me caigo como un ovillo al suelo. La risa es una caída»); aforismos zen («todo lo que mancha sale si el cerco está bien definido»); la aguóloga es capaz de contarme el brevísimo capítulo 43 (mi preferido), aunque los hay más cortos: léanlo en voz alta, por favor: «Raspa y pica y gana y tira y miles de horquillas e indios en fila y sillas y camas y leves marañas de orcas bien gordas». La aguóloga, en fin, se ha convertido en mi heroína.

Bien podría aquí haberles contado el parentesco de la aguóloga con los cronopios de Cortázar, con el colombre de Buzzatti, el curupú de los guaraníes, los elfos, el obispo de la mar o qué sé yo cuántos seres imaginarios más. Bien podría relacionar la Alicia mencionada y autora (capítulos 38 o 46) con la Alicia de Carroll. Bien podría largarles un potente rollo sobre el significado profundo del ensamblamiento y el yo-en-sí. Pero si la función profunda de un libro es la de cambiarte el modo de mirar el mundo «La aguóloga» te cambia el modo de mirar el mundo. Basta, pues, con ello y hasta sobra.



Mil otoños
David Mitchell
Duomo ediciones,
2012

El espíritu de Scherezade

David Mitchell alcanza en *Mil otoños* la esencia de la novela



RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Cómo no envidiar a los escritores capaces de urdir tramas inverosímiles en las que la narración es un caballo loco que galopa sobre las convenciones de los géneros para demolerlas, una fuerza de la naturaleza que traspasa fronteras, se balancea en los abismos de la ficción, juega con el suspense, se introduce en un pelotón de conciencias y, a la vez que ilustra, entretiene y conmueve, logra el raro misterio de la obra bellamente escrita. Basta pensar en *El 93*, de Hugo, en *Los papeles del Club Pickwick*, de Dickens, o en *Moby Dick*, de Melville. Estas obras no son sólo aventuras de la inteligencia y la emoción: son máquinas trituradoras de prejuicios. Uno lee estas novelas seminales con los ojos como platos, robando horas al sueño o sin comer, como si el aliento se le fuera a escapar en cada página. Y cuando emerge de ellas sabe que algo ha

cambiado para siempre en su conciencia de lector. De ciertos libros, ya nunca se regresa. Son esos que valen por toda una pedagogía lectora y que, en buena medida, garantizan cierta máxima consoladora: una vez contraída la enfermedad de la literatura, jamás se sana de ella.

Esta forma de escritura, que ha venido construyendo gran parte del tronco del canon narrativo y que, así como el nácar recubre el grano de arena hasta convertirlo en perla, ha hecho del gusto por tejer una maraña de historias alrededor de un núcleo su motivo central, no se debilita con el paso de los tiempos. Las modas y costumbres cambian, pero el espíritu de Scherezade, entendido como la vocación de contar para no morir, sobrevive indemne en la tradición de la novela, desde *Gargantúa y Pantagruel* hasta el más avanzado experimento pynchoniano. (Estoy pensando en esa maravilla del arte de ser un narrador ante la hoguera que es *Mason & Dixon*). Por eso la lectura de *Mil otoños*, la enorme —en el doble sentido: extensión y mérito— novela de Da-

vid Mitchell, nos devuelve a ese mundo prodigioso de la pura fabulación, del cual, en realidad, es imposible desertar.

La peripecia de esta emocionante novela de aventuras, política y amor (¿quién da más!) se puede resumir en su personaje principal, el inolvidable Jacob de Zoet, uno de los caracteres más rotundos de la literatura contemporánea, un hombre que, por decirlo de una vez y para siempre, encarna la más bella de las pasiones y también la más difícil de las virtudes: la justicia. Ambientada en un marco fascinante, tanto temporal como espacialmente (la única avandilla comercial europea en el Japón de finales del siglo XVIII), *Mil otoños* posee el encanto de satisfacer con nota altísima las exigencias del lector culto sin perder de vista el motivo último que inspiró el arte de la novela desde sus inicios: contar para contarse, glosar el mundo mediante el expediente de nombrarlo, y en el acto de bordar el tapiz de las infinitas historias que lo pueblan, vincular en una única ecuación a la vida con su relato.

My favorite things. Conversaciones con John Coltrane

Edición de Michel Delorme
Traducción de Isabel Núñez
Alpha Decay, 108 páginas, 9 euros



Palabras del hombre que odiaba hablar de música

«Parto de un punto y voy lo más lejos posible» es el título original francés de este apasionante librito en el que se recogen tres entrevistas del periodista Michel Delorme a John Coltrane (1962, 1963, 1965) y una carta del propio saxofonista a Don DeMichael (1962).

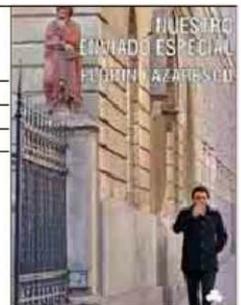
Voces muy autorizadas han asegurado que ningún músico

de jazz ha alcanzado un dominio de su instrumento comparable al que logró el controvertido Coltrane (1926-1967). Y algunos oídos no menos autorizados matizan que su extenuante búsqueda de la trascendencia y su escaso sentido del humor pueden llegar a producir una náusea abisal a quien se interna en exceso en sus frases.

Comoquiera, en estas páginas están algunas de las raras confesiones hechas a un periodista por el hombre que defendía a capa y espada que la música no precisa comentarios. Tal vez no para Trane. Los demás los engullimos con gula.

Nuestro enviado especial

Florin Lazarescu
Traducción de Rafael Pisot y Cristina Sava
El Nadir
228 páginas, 18 euros



¿Cuánto se puede tardar en hacer trizas la inocencia?

Filólogo, narrador, cuentista, guionista premiado en Sundance, el rumano Lazarescu (1975) es uno de los máximos exponentes de esa joven narrativa rumana que concita interés creciente en toda Europa.

Lazarescu sostiene que no es posible inventar nada más apasionante que la realidad. Pero para calibrar esta afirmación

hay que entender que, en Lazarescu, la realidad es un fresco multfragmentado y que será él quien lo recomponga con un lenguaje que busca la libertad a través de una ironía, a veces mordaz, que delata la pérdida de la inocencia.

Nada mejor que un atentado islamista para, mediante la figura que da título al volumen,

airearle las tripas a esa realidad que tanto fascina a Lazarescu —el capitalismo salvaje aquí— y que no concibe al margen del pasado. De ahí que su protagonista —ente a redimir, al fin— sea un periodista, quintaesencia de la obsesión por lo inmediato.